

José María Tornay

EN PIE DE GUERRA

Mi soliloquio es plática con ese buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

A. Machado.

A todos aquellos que, pese a todo, aún
siguen creyendo en los seres humanos.

Índice	
Prólogo	7
I	9
Frutos del otoño	10
¿Cómo puede la luz?	11
Te busco en Internet	14
En sus laureles	16
Adiós peseta, adiós	17
¡Salve Euro!	19
El silencio	20
La cosa tiene tomate	21
¿Hay algo detrás de las palabras?	24
Libre	26
Miradas	28
Navidad	30
Real Madrid	32
Verano	33
Versos de blanco satén	35
Versos de Ronda	37
Ya están las aceitunas verdeando	39
Y ese puente...	40
La radio	46
Pedro Pérez Clotet	48
En la ribera	51
Celos	53
La tarde viene seria	54
Cuando empiezan los buitres	56
Las gotitas de lluvia	57
Zidane	59
II	60
Cumpleaños	61
¿Adónde irán?	63
Décima nostálgica	64
Frustración	65
Terremoto	66
Impresión	67
Levante	68
Los caprichos de la moda	69

Me gustan	71
Música	74
Parece que fue ayer	76
La métrica	79
Cuando me vaya de aquí	81
Si te viene bien	83
Tú saludas a la gente por la calle	85
...Y mirad estos versos	88
La esperanza	90
Como el tronco de la encina	92
Dentro	94
El otro	96
Estoy en la frontera	98
Atardecer	100
Cae la lluvia	102
Aroma	103
Desolación	104
¡Hasta siempre, Carretero!	106
Pasión carnavalesca	108
III	110
Hazme un sitio en tu montura	111
Prisionero	122
Están de moda los ecos	124
Soledad	126
Paradójica luz	129
Un hombre nuevo	130
Utopía	132
Yo me voy con viento fresco	135
Semana Santa	137
Es curioso, Señor	140
Esa luz divina	141
Si venimos aquí	144
¿Y qué hacemos?	145
Yo te siento, Señor	146

PRÓLOGO

Hay mucha gente que ya no cree en las personas. Siempre la ha habido, pero hoy es patente que una buena parte del personal está instalada en la duda permanente, en la sospecha, en el recelo enfermizo, en la desconfianza. A casi nadie se le supone buena fe y honradez. Hay una tendencia generalizada a estar en guardia. Alguna razón tiene que haber; tal vez la sensación que impone la nueva religión, el consumismo, de que nos engañan en todas partes y que nadie se acerca a nosotros que no sea para sacarnos el dinero. Pocos admiten que tú actúes movido por causas nobles y desinteresadas. El mundo ha sido infectado por un virus terrible que está acabando con el “buen rollo”.

Ante tal avalancha de bajeza y podredumbre, no cabe otra herramienta que renovar la confianza en la sustancia última del hombre y de la mujer y apelar, si no es posible a la inteligencia, sí a los instintos radicales de supervivencia, al orgullo de sentirse único entre iguales, a la alegría de ser parte imprescindible de un todo que sólo se alimenta del juego y del juego imprescindible de sus partes.

De tal confianza nacen estos versos, que arrancan literalmente en el otoño estacional y que fermentan en la madurez de su autor. Tiempo de certezas inseguras y de dudas reafirmadas. De confianza en lo efímero y resbaladizo, porque es lo que hay y lo que cabe esperar de una vida que se construye a cada paso y que se forja con cada aliento y con cada gesto. Vivir es construir la propia vida y convertirse en agente de la construcción de otras vidas que conforman nuestro horizonte vital e inmediato, nuestro paisaje, que construimos y nos construye.

De ese vivir laborioso y extenuante surgen estos jirones del alma, que se embriagan en lo que nos sobrepasa y que se alimentan de lo que nos conmueve.

Lo que nos cerca y lo que nos mueve desde dentro van jalonando con sus hitos el camino que vamos construyendo con nuestros pasos.

Este libro quiere ser un alegato contra la vulgaridad, contra la intolerancia, contra la estupidez, contra la ingratitud y contra la mala leche. Una apasionada defensa de la palabra como motor de cualquier posibilidad de cambio y de crecimiento...

La palabra, esa eterna olvidada en nuestras cuitas, está pasando a mejor vida. Por estar postergada, enseguida pasamos a los hechos, a las manos de la sinrazón y de la suspicacia.

Cargados de afrentas y reproches, de brutales y ciegas ingratitudes, estamos perdiendo la limpieza de la mirada y el equilibrio imprescindible para mantenernos erguidos ante tales fuerzas poderosas.

Estos poemas quieren ser un homenaje a la palabra y a los horizontes que se abren con su cultivo. La palabra nos lleva al respeto, a la tolerancia y al compromiso. Quien abandona la palabra, abandona su condición de ser humano y cae de bruces en los brazos del egoísmo y de la sinrazón.

Las tres partes en que se dividen estos versos, responden a la voluntad de la mirada. En la primera parte se lanza hacia fuera, hacia el paisaje humano y físico que rodea al autor. En la segunda parte, la mirada se vuelve hacia adentro, para, si es posible, ofrecer un pequeño reportaje interior de sus cuitas y desvelos. En la tercera, hay un anhelo de recuperar como horizonte la utopía, esa vieja optimista y esperanzada que nos convierte en héroes cabalgando a lomos de nuestra propia existencia.

De esta forma, desde esta trinchera, que siendo pacífica, no quiere ser conformista, haremos la guerra a la mezquindad, a lo convencional, a los dogmas y convicciones inamovibles, para, a la vez, reivindicar con urgencia y sin dilación, la palabra, la duda estimulante, la utopía y la solidaridad.

I

Frutos del otoño

Este modesto manojó de sueños,
esta ristra de toscas emociones
responden al anhelo de mi empeño
por convertir mis dudas en canciones.

No quieren ser bandera ni doctrina,
ni son remedio contra el desaliento;
sí quieren ser fugaces golondrinas
que dibujan sus huellas en el viento.

Apenas van brotando de la boca
lanzan el vuelo a buscar su ventura
como torpes y frágiles retoños.

Perdóname si alguna es hiel o roca,
disculpa las cargadas de amargura,
pues no son más que frutos del otoño.

¿Cómo puede la luz?

I

¿Cómo puede la luz
posarse indiferente en tus praderas,
perderse en tus montes,
besar tus labios y tu frente,
recorrerte callada e impasible,
cobijarse en tus huecos,
derramarse jugosa por tu espalda,
soñarse sombra en tus adentros,
proseguir su camino
y ser presencia activa en otros ámbitos?
¿Cómo puede la luz seguir viviendo?
¿Cómo pasa de largo?

II

¿Cómo pueden los átomos del aire
que te envuelve y te acaricia,
perderse en otros labios,
refrescar otra piel,
doblar raudo la espalda de la esquina
donde te quedas tú?
¿Cómo pueden pasar por ti sin alterarse,
volverse huracán o hacerse brisa?
¿Qué poderosa amnesia

les permite volar por otros mares
soplar en otros mundos
que no has llenado tú con tu presencia.
Mecerse en otros brazos,
alborotar jugueteón otros cabellos,
silbar en otras sienes,
acompañar relámpagos y truenos,
vagar por los caminos
como un guiño sutil y aventurero?

¿Cómo pueden subir a otras montañas
lejanas y perdidas
tras escalar tus montes más sabrosos,
tus cálidas colinas?
¿cómo bajan del cielo donde habitas
para hollar otros valles,
levantar polvaredas,
esparcir las simientes milagrosas
y no mueren de pena en la caída?

¿Qué extraña condición, qué fuerza cósmica
los amarra a otro rumbo,
los encadena al lógico destino,
despreciando el hechizo de tu órbita?

¿Qué gélida pasión
después de navegarte
huye de ti como si cualquier cosa?
¿Qué terrible desierto
puebla el alma de esa terrible sombra?

¿Cómo pueden los átomos del aire
seguir siendo huracán
y no volverse locos,
locos eternamente por besarte?

Te busco en Internet

Dicen que en Internet se encuentra todo,
en sus venas de acero,
entre ceros y unos impasibles,
en medio de rocosos gigahercios.
Yo te he buscado a ti
y te sigo buscando en cada hueco
de su inmensa estructura,
en los espacios fríos de su esqueleto.
Te busco en cada archivo,
en cada directorio polvoriento,
en cada subcarpeta,
en cada chat ocioso, en cada puerto.
Entre fuertes tormentas me aventuro,
por procelosas aguas yo navego
como un cachorro herido,
como un león hambriento,
entre la furia y la melancolía,
entre la expectación y el desaliento.

Atrapado en la red
busco saciar mi corazón sediento

y no encuentro ni un rastro de tu sombra,
ni un solo poro de tu dulce cuerpo,
ni un ápice de ti,
ni una mínima huella en el sendero,
ni un indicio de cálidas palabras,
ni un atisbo de frágiles alientos.

Te busco en Internet,
persigo un sueño,
he ganado unas cuantas dioptrías
en este vano empeño.

Te busco en Internet,
donde todo se encuentra,
y no te encuentro.

En sus laureles

Ya no tiene quien siembre su barbecho,
ya no siente sus dedos en la espalda,
ni ya le aturde el vuelo de su falda
ni está su nombre ardiéndole en el pecho.

Pasión varó en la orilla, naufragada;
el fuego eterno se quemó en la nieve;
lo que fue el todo se tornó en un leve
y pálido reflejo de la nada.

Nadie atizó la llama consumida,
pensaban que era un cielo permanente
aquel tiempo de rosas y claveles

que una vez por azar les dio la vida.
Y el amor se hizo sueño eternamente,
se durmió para siempre en sus laureles.

Adiós peseta, adiós

¿Qué tendré yo que hacer para olvidarte,
amada compañera de mi vida?

¡Tantos sudores para conquistarte,
para acabar llorando tu partida!

Tu muerte, amor, no ha sido cualquier muerte;
jamás otra ocurrió más anunciada.

¡Tú que eras paradigma de la suerte,
verte de esta manera postergada!

¿Dónde pondré sin ti tanto cariño
y qué va a ser de la tercera edad?

¿Cómo se apañarán sin ti los niños
que cantan el sorteo de Navidad?

Ganas me dan de apretar el gatillo;
¿qué voy a hacer de ahora en adelante,
cuando meta la mano en el bolsillo
y encuentre al sustituto repugnante?

A ti te debo todo lo que soy;
hasta llegué a perderme por ganarte;
no quiero que te vayas sin contarte
lo inmensamente triste que yo estoy.

Pero conozco bien el alma artera
que gobierna y dirige nuestra mente:
cuando otro caliente mi cartera,
pasarás al olvido eternamente.

¡Salve Euro!

¡Oh, César de la nueva economía!
A tus pies ves rendida a Europa entera;
nuevo dueño y señor de las carteras.
instálate a tus anchas en la mía.

Uno, dos, cinco, diez, veinte, cincuenta,
por ciento sesenta y seis, coma... ¡joder!
¡Qué autoridad sin par para poner
a todo el personal a hacer las cuentas!

Adiós a la peseta provinciana;
¡salve euro! moneda del mañana.
Ojalá que nos traigas buena estrella.

Un prudente consejo quiero darte:
a ver si pides para conquistarte
menos sudor que el que exigía ella.

El silencio

Yo sé muy bien que el silencio
es la mejor compañía
y que el que vive hacia dentro,
vive más densa la vida.

También sé muy bien el daño
que ocasiona a sus vecinas
- el resto de las manzanas -
una manzana podrida.

Cuentan las sabias cabezas
que se devanan pensando
que vale más estar sólo
que estar mal acompañado.

Dicen los santos varones,
amantes del celibato,
que para acercarse a Dios
hay que estar ensimismados.

Y digo yo que de acuerdo,
que eso puede ser verdad,
pero nada es más amargo
que un buen trago en soledad.

Las horas que compartimos
nunca son horas perdidas:
yo antes que solo prefiero
una mala compañía.

La cosa tiene tomate

Esa mujer que se entrega
a cultivar “el tomate”,
lo cultiva mas lo niega:
¿Yo eso?...¡Qué disparate!

Y ese hombre que embobado
tan sumiso la acompaña
representa a media España;
la otra, la tiene a su lado.

En esta sociedad nuestra
todo es medido o comprado;
en disimulo es maestra;
nadie asume sus pecados.

Y es que atenta a la decencia
comprobar tanto dislate:
ver los datos de la audiencia
y que nadie se delate.

Duele que tantos gañanes
sólo pongan su pasión
en “pasión de gavilanes”
y en cuitas del corazón.

Mal asunto es que la gente
ande poniendo su empeño
en perder horas de sueño
y en jibarizar su mente.

Produce rabia y da pena
que con cruel delectación
fabrique su diversión
con las miserias ajenas.

Un pueblo que de tal suerte
sus ocios así cultiva
es un barco a la deriva,
un tren con rumbo a la muerte.

¿Hay algo detrás de las palabras?

¿Hay verdades detrás de las palabras?

¿Hay algo detrás de las palabras?

¿No son más que sonidos que acarician,
hieren, lastiman, ofenden, desesperan?

Tal vez no son más que símbolos marchitos,
tal vez no más que sombras de la nada.

Quizá sólo son ondas que envenenan,
divierten, perdonan y estimulan,
pero nada detrás, nada que lleve
un átomo de luz de tu mirada.

¿Hay mentiras detrás de las palabras?

¿Hay algo detrás de las palabras?

Sólo nombres, adverbios y adjetivos,
artículos, verbos, concordancias?

¿Detrás no habrá ese corazón que llora,
esa rabia que hace crecer la vida?

¿Nunca hubo nada detrás de las palabras?

¿Las fue venciendo el tiempo y la cultura?

¿Fueron gastando su lucidez primera?

¿Hubo una vez que reinaron soberanas?

Las palabras suelen ser abandonadas
a su suerte por sus dueños despistados,

con inconsciencia de ellas se desprenden;
tampoco las atiende mucho el sordo oyente.

Pero, a pesar de todo,
y aunque estén gastadas
y esqueléticas y anémicas,
al final sólo quedan las palabras.

Libre

Agua dulce que resbala
por el rostro de la sierra,
vencida a su propio peso,
buscando verdes riberas.
Agua dulce que se embala
en vibrantes torrenteras;
agua de pródigas lluvias
y de interminables nieblas,
lágrimas de este paisaje
de arbustos, riscos y piedras.
Agua que baja del cielo
y vuelve a la dulce tierra.
Agua que no quiere diques
ni canales ni compuertas,
ni pantanos ni lagunas,
ni manantiales ni acequias;
agua que desciende libre
y que libre se despeña,
sólo obediente al instinto
natural del agua fresca.
Agua que se sueña libre

y que libre se condensa,
que teje su breve vida
con moléculas eternas.
Agua dulce que resbala
por los poros de las piedras,
agua que baja del cielo
y vuelve a la dulce tierra.

Miradas

Miradas hondas, sutiles
tiernas y dulces miradas,
penetrantes y profundas,
elocuentes como lágrimas;
lanzadas con la intención
del que está lanzando el alma,
recibidas con el gozo
de quien colma su esperanza.

Siempre a mitad de camino
entre el temor y las ganas,
un sí es no es que estremece
y levanta las espadas;
un derroche de intenciones
comprendidas y admiradas.

Con estrépito de truenos
él las suyas disparaba,
como una bala perdida
en la frontera del alba.

¡Quien sabe mirar así
lleva un misil en la cara!

Ella atacando de frente,
devolviendo la estocada;
¡todo un tratado de versos
que rompe cualquier muralla!

Hasta que llegó el momento
de recortar las distancias
y de convertir en actos
las potencias disparadas.
Cuando empezaron a hablar
se fue apagando la magia
y entre ellos y el amor,
entre el amor y la nada,
sólo quedaron vulgares,
toscas y torpes palabras.

Navidad

La Navidad cada vez
se presenta más temprano,
como quiera el Corte Inglés
nos la coloca en verano

Ahora ya Papá Noel
llama a la puerta en octubre
con su florido oropel:
nada que a la nada cubre.
Hace ya muchos inviernos
que partiendo de Chicago
cogió un puñal del infierno
y mató a los Reyes Magos.

Tiempo de anís y aguardiente
polvorones y buñuelos,
de aguantar a impertinentes,
a nietos, padres y abuelos.
Tiempo de frío y brasero
de pavos acojonados,
de no posar el trasero
yendo de un lado a otro lado.

De belenes olvidados,
zambombas y panderetas,
pinsapos decapitados,
mustios en una maceta.

Tiempo de buenos deseos,
de amor, de paz y cariño,
de luces y de paseos
agobiados por los niños.

Tiempo de tiendas abiertas
y de colegios cerrados,
de padres desesperados,
de guirnaldas en las puertas.

Navidades hogareñas
sonando por todas partes,
convertidas en enseña
de los grandes comerciantes,
de esos que un Cristo iracundo
del templo largó a tortazos
que van conformando el mundo
con sus grandes pelotazos.

Navidades populares
que de aromas de la infancia,
eliminando distancias,
llenen de miel los hogares.

Real Madrid

(En su centenario: 2002, año de la 9ª copa de Europa)

Glorioso campeón, Europa entera
rendida está a tus pies, embelesada,
gozando de la magia desbordada
si tocas con primor la blanca esfera.

Lúdica religión que da sentido
a una vida agobiante y pervertida,
que regala la gloria en esta vida
cada vez que ganamos un partido.

De gestas sin igual y hazañas tantas,
tu historia centenaria reina al son
de cada gol que rompe las gargantas,

que han llenado de copas tu vitrina,
poniendo en el cielo a la afición
con la carne del alma de gallina.

Verano

Ya soplan fuego las noches
en sus suspiros dorados,
ya las sábanas ardientes
quemán la piel y el verano
deja al aire los instintos
que el hielo dejó olvidados.

Ya el perro busca la sombra
con aire desesperado
y el asfalto se derrite
bajo los pies derrotados;
se puede cortar el aire
con la palma de la mano.

La vida se echa a la calle,
con los ardorosos labios
cuajados de ardientes besos
que se posan en las manos,
en la piel, en otras bocas
llenas de besos alados.

El zumbido de las moscas
llena el agobiante espacio:
escuálida sinfonía
de acordes desafinados,
pentagrama familiar
que nos evoca el pasado.
Ya las fuentes se han rendido
bajo el peso del verano.

Versos de blanco satén

Sobre agujas un ser se balancea,
haces de luz la oscuridad apagan,
un gozoso murmullo de glamour
invade cada mente y cada cuerpo.
Urnas brillantes muestran sugerentes
promesas de atracción irresistible;
el probador indiferente deja
esquemas de ansiedad en las miradas.
Ir y venir que bulle sigiloso
como un ejército desordenado,
mas todo está medido, milimétrico
en el febril dictado de la moda,
espejo de cartón que nos recuerda
la insoportable levedad del ser.
La gloria y el infierno aquí comparten
espacio y tiempo, trastienda y escenario,
en tenaz equilibrio van marchando,
blanca ilusión y negro desconsuelo.
Si las miradas son el objetivo,
enemigo se vuelve el propio ojo,

el cuerpo que te lleva es una cárcel
sin balcones ni puerta de salida;
siempre en conflicto espíritu y materia:
resolviendo ecuaciones imposibles,
cruce de realidades y deseos.

Versos de Ronda

Esta duda del cielo, intermitente,
este sol que saluda entre las nubes,
esta lluvia que baja y luego sube,
ese árbol que te mira indiferente.

Ese rostro dorado de la roca,
esa ristra de casas en hilera,
ese arbusto trapecista, esa chumbera
que nunca endulzará ninguna boca.

Esa muralla rota que no guarda,
ese molino en ruinas que no muele,
esa garganta helada que no duele
esa picha del moro tan gallarda.

Esa mirada cálida y hermosa
de ese tajo glorioso y ese puente,
ese río con color y sin corriente;
esa atracción fatal y poderosa.

Esas grietas de piedra que son nido
de esos símbolos negros y volantes;
la magia que hace nuevo cada instante,
el silencio del tiempo detenido.

Esa gasa que vela la montaña
esa alfombra de verdes imposibles,
esa verdad recóndita, intangible,
esa forma de ser que la acompaña.

Estos vientos sin lazos y sin dueños
esta tarde de encaje que agoniza,
este plumizo abril que simboliza
las luces y las sombras de los sueños.

Son los versos que acaban de nacer,
hechos con luz de una pureza extrema,
que componen los hilos del poema
que teje Ronda cada atardecer.

Ya están las aceitunas verdeando

Ya están las aceitunas verdeando,
ya el otoño se ha hecho primavera
y los frívolos chopos en hilera
se han ido lentamente desnudando.

Un tibio sol asoma su sonrisa
tras una nube negra y desgajada;
hay un negro presagio de la nada
en el hielo punzante de la brisa.

El resplandor brillante de la tarde
se esparce por el mágico sendero
y una penumbra pálida y cobarde
acecha para hacerlo prisionero.

Los pájaros preparan su equipaje,
malos tiempos atisban tras la esquina
y las negras y tenues golondrinas
trazaron hace tiempo su viaje.

Y ese puente...

Ronda encima de su Tajo,
mirando arriba y abajo
desde su gloriosa altura
con su piel rugosa y dura,
sus arterias luminosas,
con su carne revoltosa
y ese puente
siempre atestado de gente
con los pellejos al viento
que no para ni un momento
con sus cámaras en ristre
y ese espectáculo triste
de los coches en hilera,
parados y en las aceras
otros impidiendo el paso.
Y la gente, por si acaso
por en medio de los coches.
Y esto de día y de noche
como una gran maldición
nacida del corazón

de este pueblo centenario,
de piedras y campanarios
moldeando las conciencias.
De culto a las apariencias,
de apellidos pintureros
sin prestigio y sin dinero,
pero con mucha calaña,
herederos de esa España
pertinaz, eterna y vana
siempre obediente a campanas,
uniformes y sotanas,
recelosa del presente
y enemiga del futuro,
ese agujerito oscuro
que sólo trae novedades,
donde mueren las verdades
que tanto costó forjar
y que ahora vemos pasar
como pasa la corriente.
Y así volvemos al puente
con sus tres esbeltos ojos
y sus grajos y sus rojos

y limpios atardeceres,
sus hombres y sus mujeres,
sus niños y sus escuelas
y ese frío que se cuela
y te congela hasta el alma
y ese “Niño de la Palma”
y Antonio Ordóñez, toreros,
hijos de Pedro Romero
y padres del ancestral
y puro arte celestial
de pintar con la franela
lienzos que han hecho de Ronda
una tauromaquia honda,
una plaza universal.
Y del puente a “La Ciudad”
(ese barrio de verdad)
en donde duerme la historia,
donde sueña la memoria
y uno se siente más viejo,
más cerca, pero más lejos
de aquello que ya no es
pero sigue siendo, pues

se esconde en sus rincones
en sus rejas y balcones,
sus iglesias y sus casas,
en el frío que traspasa,
en su aire y su color
donde el inocente amor
sigue mirando al poniente
y otra vez vamos al puente,
metáfora de la vida,
lugar de entrada y salida,
de paso de caminantes,
de caballeros andantes
y damas enamoradas,
de pasiones encontradas,
conjunción copulativa:
cópula de piedra viva
que concilia los contrarios
y que admite en sí los varios
y curiosos personajes
que conforman su paisaje;
con sus sueños y quimeras
pululan por sus aceras

llenas de gentes sencillas
y de sus medias costillas,
esos que tiran del carro,
que no le temen al barro
y que pagan su sustento
a los que viven del cuento;
de especuladores varios,
de salidos del armario
y de mucho cara dura
y de comida basura;
de alimañas peligrosas
y amantes de salsa rosa;
de políticos ineptos,
sin ideas y sin conceptos,
con una sola obsesión:
pertrecharse en el sillón;
de jóvenes cavilando
y de maestros soñando
que lleguen las vacaciones;
de verdades, de ficciones,
de padres acongojados,
ocupados, preocupados,

rebosantes de cariño
de no dárselo a los niños,
de tiendas donde no hay nada,
tenderos con empanada,
de peregrinos sin fe,
de curas sin testimonio,
¿dónde está usted, don Antonio?
¿Por qué no vuelve otra vez?
De poetas como yo,
de locutores sin voz,
de abogados relamidos,
de médicos presumidos
y ediles incompetentes
y otra vez de nuevo el puente
como punto de inflexión
y acabo esta reflexión
no vaya a ser que la gente
diga que soy un mamón,
un estúpido inconsciente
aunque tenga la razón,
que ya sabemos que así
suele reaccionar la gente.

La radio

Cuando te pesan los huesos
como pesan los fracasos,
cuando el silencio se impone
como se impone un mal trago;
cuando todo está perdido,
cuando nos puede el letargo,
cuando eres plomo por dentro,
siempre nos queda la radio.

Cuando se acerca la noche
y la luz se va apagando;
cuando calla la esperanza,
cuando habla el desengaño
y sólo soplos del viento
pueden coger nuestros brazos;
cuando todo está vacío
siempre nos queda la radio.

Cuando no queda una boca
donde poner nuestros labios,
cuando no tenemos voz
para lanzar nuestro canto;
cuando nos falta ese hombro
donde apoyar nuestra mano;

cuando perdemos las alas
siempre nos queda la radio.

Cuando la vida le pone
zancadillas a los pasos;
cuando correr es lo mismo,
lo mismo que estar sentados;
cuando da igual lo que hacemos,
cuando da igual lo que hagamos;
cuando lo mejor es nada
siempre nos queda la radio.

Pedro Pérez Clózet

Aquí estoy, en Villaluenga,
donde reposa el maestro,
alimentando a esta tierra
que le dio tanto alimento.
Domesticando palabras,
aprehendiendo lo eterno;
todo lo que aquí vivió
sigue viviendo en sus versos.
Él buscaba las esencias,
dejaba de lado el viento:
poesía sustantiva
sin ambages ni embelecocos,
líneas trazadas con sangre,
caliente sangre del cuerpo.
En estos luengos lugares,
donde estremece el silencio,
más apartado del mundo,
más cerca del universo,
sintió el poeta estos riscos,
estos valles y estos cerros,
esta luz y estos paisajes,

acompañando su tiempo:
ritmo lento del que vive
la vida siempre hacia adentro.
Sin prisa, lento, despacio,
templando como un torero,
citando al toro de frente,
solo en el centro del ruedo,
disfrutando cada trago
como si fuera el postrero.
Cargado de este bagaje
sobrevoló los eternos,
turbios espacios del alma,
recorriendo sus senderos,
dando firmeza a sus pasos,
iluminando los nuestros.
Negociando con el alba,
elevándose del suelo
para ver que no hay caminos,
que la vida es como un sueño:
oscura noche del hombre,
primer amor, desconsuelo.

Ante nada indiferente,
nada de aquí le fue ajeno
hasta que un día su sombra
sucumbió ante tanto peso
y su frágil corazón,
temprano ,libre, sereno,
como una nube dorada,
emprendió el último vuelo.

En la ribera

En la ribera,
sentado en la ribera,
viendo pasar el río:
el agua que nos lleva;
como un espectador
de la propia existencia.
A la sombra de un árbol
sin raíces ni tierra,
viendo crecer el muro
sin poner una piedra,
repetiendo murmullos,
dormido en la indolencia,
oculto de los otros
en su isla desierta,
con el cuerpo cansado,
con el alma tan vieja
que ni en la noche teme
ni con el alba tiembla.
A la sombra de nada,
sentado en la ribera,
viendo en la superficie

pasar las hojas muertas,
como el que ve su sombra
cruzando por la acera.
Sin mojarse los pies,
sin dejar una huella,
a salvo de peligros
sobre la blanda arena,
viendo pasar el río:
el agua que nos lleva.

Celos

Pistola de mil cañones,
grandiosa y punzante espina,
ojo alerta en cada esquina,
duda que preña ficciones.
Dolorosa golosina,
torvas sombras en la noche
cargadas de vil reproche,
veneno del corazón,
víctima de esa pasión
que lo ahoga en su derroche.

La tarde viene seria

La tarde viene seria y en su vientre
guarda el peso de tardes infinitas,
gotas de plomo manan de su frente,
balas que hieren su beldad marchita.

Bolas de fuego adornan su cabeza,
con besos rotos viste su plumaje
tal vez detuvo en seco su viaje
el dios de la atonía y la pereza.

Lo mismo que una dicha que se añora,
recuerda sus pasados esplendores,
aquellos donde vivos sus colores
reinaban con soberbia en cada hora.

Ya no la besan los temibles vientos
ni acarician su pelo los amantes,
minutos del reloj en movimiento,
ni la mece la brisa como antes.

Con flojedad se arrastra mansamente
en busca de la noche que la espera
enganchada a su sino, compañera,
presas las dos de una feroz corriente.

Tallada va en el pecho su verdad
como una maldición empecinada
y en su cara se palpa alucinada
su indestructible sed de eternidad.

Cuando empiezan los buitres

Cuando empiezan los buitres
a nublar el horizonte,
cuando se vuelve amarga
la miel que endulzaba los labios,
ya no bastan las lágrimas
ni el valor
ni la fe;
hay que esperar que concuerden los signos,
que cuadren los sintagmas,
que el esencial no ser
crepita en el vacío,
como una noche vencida por el alba.
Hay que esperar,
sentarse en las pilastras de la vida y esperar,
esperar como un niño,
como un adolescente atolondrado;
esperar, esperar,
aunque nos hayan robado la esperanza.

Las gotitas de lluvia

Las gotitas de lluvia
tras la ventana
van tejiendo caminos
de porcelana.

Traviesas van pasando
sus leves horas,
felices como alegres
patinadoras.

Las gotitas de lluvia
son inocentes
metáforas aladas
y transparentes.

Desnudas en su esfera,
viven temblando,
furtivas como un beso
de contrabando.

Las gotitas de lluvia
bailan su danza:
escuálido trasunto
de la esperanza.

Lo mismo que los hombres,
pintan su huella
como una reluciente
fugaz estrella.

Las gotitas de lluvia
mueren saltando
hundidas en un mundo
húmedo y blando.

Vencidas por su peso,
van mansamente
a perderse en la nada
de la corriente.

Zidane

¡Qué gracia y qué armonía en tu figura,
cuando acaricias con mimo la pelota,
seducida sin remedio por tu bota
embebida al compás de tu estatura!

Desde el césped fascina en la distancia
tu tonsura de fraile arrepentido,
referencia obligada del partido,
centro de gravedad de tu elegancia.

¡Oh, gran Zizou, poeta futbolista,
un aura te acompaña cuando avanzas,
tus gestos son las huellas de un artista,

tus pases son metáforas andantes;
lo tuyo es un ballet, es una danza,
una danza genial y alucinante!

||

Cumpleaños

Esto de cumplir años es un rollo
que nos suele ocurrir todos los años;
miras dentro y te sientes un pimpollo,
miras fuera, al espejo, y te haces daño.

El tic-tac del reloj de la existencia
es un dardo que apunta hacia el ocaso,
es una bomba asida a la conciencia,
es una trampa tendida a cada paso.

Echar años atrás no es sólo agravio,
va teniendo también sus puntos buenos:
somos más viejos, mas también más sabios;
menos nos queda, mas tememos menos.

No dejaré que el tiempo me esclavice,
me apuntaré a la fiesta de la vida,
dejaré atrás, de una vez, las cicatrices,
no daré una pelota por perdida.

Proclamaré con sangre en cada calle
que aunque nada me invita al optimismo,
voy a coger la vida por el talle
para bailar con ella hasta el abismo.

¿Adónde irán?

¿Adónde iré a parar cuando me vaya?
¿Adónde irán mis huesos polvorientos?
¿Dónde reposarán mis pensamientos?
¿Qué nuevas olas bañarán mi playa?

¿Dónde terminarán mis desvaríos?
¿Dónde mis esperanzas y mis sueños?
¿Adónde irán estos paisajes míos?
¿Adónde mis afanes, mis empeños?

Tal vez se vayan a ninguna parte,
quizá se vengán por siempre conmigo;
tal vez se queden para conquistarte
o vayan a soñar en mis amigos.

O tal vez vuelvan al punto primero
cuando partimos en aquel exprés:
antes del día doce de febrero
de mil novecientos cincuenta y tres.

Décima nostálgica

¿Dónde estará aquel rocío
que regaba las mañanas
en esa etapa temprana
que fraguó el corazón mío?
¿Dónde los inviernos fríos
al calor de la candela?
¿Y el beso de la mistela
y los trigales dorados?
¿Dónde los sueños forjados
a la luz de aquella vela?

Frustración

¡Qué ingrata lucha, negra frustración
querer sembrar en árido desierto,
pretender cultivar un pobre huerto
condenado a ser carne de cañón!

Me duelen como un trágico tormento
estas vidas sin rumbo y sin mañana,
pobres almas de frágil porcelana,
tristes hojas llevadas por el viento.

Cada paso es un paso hacia el abismo,
cada caso es un calco de lo mismo:
con fruición, sin descanso y ciegamente

se sumergen con gusto en la manada
y tú los ves hundirse mansamente
sin que tu ciencia sirva para nada.

Terremoto

Hay un estrépito tronando en cada mundo,
ruido infernal en fantasmal silencio,
un torbellino huyendo de la noche,
un agobio infernal,
un terremoto en busca de los hombres,
pálidas sombras de su esencia marchita.

Pura realidad

ahogando cada sueño,
jugosa explosión que ahoga los oídos,
que aturde el pensamiento.

¡Con qué ansiedad espero
la brutal llamarada
de tu caudal sonoro!

Impresión

Dos mulas y una carreta
por el carril aparecen,
en mi alma se estremecen
los acordes del pasado;
llegan aromas de siega,
huele a rastrojos quemados.

Levante

Desapacibles días de levante
que alteran la cabeza más serena,
cual resaca tras noche de verbena
con vino generoso y dulce cante.

Soplo de Eolo que, cuando se enoja,
lanza al espacio y ruge cuando pasa,
robándole a los árboles sus hojas
y dejando a las gentes en sus casas.

En Ronda, en sus visitas cotidianas
sus dedos invisibles se divierten
estremeciendo puertas y ventanas:
metáfora invisible de la muerte.

Sólo una vez te siento pertinente,
te lo diré con lujo de detalles:
cuando estoy entre sábanas calientes
oyendo cómo bramas por las calles.

Los caprichos de la moda

Yo sospecho que mi musa
tiene más fe que talento
y la pobre es una ilusa,
una lamentable intrusa
que se cree sus propios cuentos.

Sé que mi pluma y mi historia
- que a conocer os convido -
más que apuntar a la gloria
y a quedar en la memoria,
irán raudas al olvido.

Y sé que no soplan vientos
para sensibles poetas,
ni cotiza el sentimiento,
ni emocionan las cuartetas.

Más sé también que la moda
puede encumbrar a cualquiera
y así puede ser que un día,

como flor de primavera,
escriba mi biografía
- ¡qué honor más grande sería! -
un chupatintas cualquiera.

Me gustan

Me gustan las mañanas
brillantes, relucientes,
preñadas de aguardiente
y aromas de café.

Me gusta beber vino
rodeado de amigos
y si son enemigos
me lo bebo también.

Y escuchar esas voces
que apagando el ruido,
acarician mi oído:
¡qué llenen otra vez!

Y las calles lavadas
que, privadas de gente,
esperan impacientes,
te invitan a correr.

Me gustan las mujeres
que siempre están dispuestas
a alegrarte la fiesta,
sin nada que temer.

Y no las que te invitan
con traje de etiqueta
y cuando el hambre aprieta,
te dejan sin comer.

Me gustan las palabras
que crean pensamientos,
que engendran sentimientos,
que son puro sonido.

Pero detesto aquellas
que tercas se resisten,
que antes que las conquistes,
prefieren el olvido.

Me encantan esos versos
que sin más, se encadenan,
cumpliendo la condena
de nuestra inspiración.

Música

Has llegado a mi vida
para ahuyentar la noche:
has llenado mi cántaro
de pasión hasta el borde.
Has deshecho la niebla
que ocupaba mi alma,
has barrido con ella
temores y fantasmas.
Has elevado al cielo
mi corazón alado,
contigo sigue errante,
libre como los pájaros.
Cuando canto contigo
mi pulso se hace eterno,
cuando lloro en tus brazos
me prestas tu pañuelo.
Te has quedado conmigo,
ya somos uno solo;
me confundo en tu pecho,
me consuelo en tu hombro.

Charlamos en silencio
cual dos enamorados
que buscan en tu ritmo
acompañar sus pasos,
perderse en un te quiero,
fundirse en un abrazo.

Por el camino voy,
mirando siempre al frente:
si tú vienes conmigo
no me importa la muerte.

Parece que fue ayer

Parece que fue ayer
cuando la alegría
andaba por nuestra vida
como en su propia casa.
Cuando todo estaba
perfectamente explicado,
porque todo era un misterio.
Cuando la vida tan solo
consistía en vivir;
cuando todos los problemas
se reducían a uno:
estar a salvo de ellos.
Cuando el amor era
enemigo mortal de la angustia.
Cuando estábamos amparados
frente al desamparo.
Cuando no nos importaba
en absoluto, lo que era el sol:
bastaban sus caricias en invierno
y protegernos de él en el verano.

Cuando correr no era un ejercicio,
sino una explosión de la energía.

Cuando pensábamos,
sin prejuicios, librepensadores.

Cuando los dogmas aún
no habían castrado
nuestra independencia.

Cuando todavía
no nos habían capado.

Cuando aún no habían
acabado con nosotros.

Cuando estábamos vacunados
contra las pamplinas.

La felicidad consiste
en que no te cojan;
en driblar las tonterías;
en eludir las grandes
buenas palabras.

En estar entre ellos
sin sentirlos.

En ser tú solo.

Por eso es imposible.
La felicidad existe,
pero aún no es posible.
Todavía somos marionetas;
no es posible romper todos los hilos.
¡Hay tantos!
Y bastaría uno para asfixiarnos.

La métrica

Yo sé bien que hoy el verso no se estima
si no se humilla ante la nueva estética,
que desprecia las reglas de la métrica
y los dulces compases de la rima.

En nombre de una extraña libertad
se alejan sin decoro de la norma,
lo que no suele ser más que otra forma
de rendirse a la propia vacuidad.

A la grupa de reglas del pasado
sin abjurar del clásico equipaje,
dejaron los Quevedo y los Machado
muy alto y muy concreto su mensaje.

Hoy cualquier tonto puede ser poeta,
cualquier insustancial pasar por vate,
basta con ser un loco de remate
y escribir como mande la bragueta.

Hoy cualquiera se pierde en su maleza,
en busca de un perdido escalofrío,
mas poco puede alejarse del vacío
quien no tiene otra cosa en la cabeza.

Cuando me vaya de aquí

Cuando me vaya de aquí
deja la ventana abierta,
que subido en una ola
vendré a bañar tus arenas
y en cada soplo de viento
te mandaré savia fresca.

Deja que el nogal me añore
y que me olvide la yedra,
que crezcan negros espinos
en el camino de vuelta,
que yo vendré por las nubes
apartando las estrellas,
sembrando nuevos caminos
en las distancias etéreas.

Quédate con las miradas
que colgué en tu primavera
y con los besos azules
y con las blancas adelfas;
con los versos anhelantes
y las dulces azucenas.

Cuando me vaya de aquí
deja la puerta entreabierta

que yo cuidaré de ti
como cuidan las estrellas
de apagar la oscuridad
con la luz que la desvela.
Deja la cama vacía,
que yo rondaré por ella
en la nube del silencio
y en la ansiedad de la espera.
Cuando me vaya vendré...
deja la ventana abierta.

Sí te viene bien

Si te viene bien
hacemos un trato:
tú pones la cara,
yo pongo los labios;
tú pones el cuerpo
yo pongo el abrazo;
tú la piel desnuda,
yo, la ansiosa mano.
Tú pones la voz
y yo los aplausos.

Si a ti te parece
firmamos un pacto,
nos damos un crédito
sin letras ni plazos;
tú pones el sitio,
yo pongo el horario.
Tú llenas de vino
mi sediento vaso
y yo de agua fresca

tu anhelante cántaro.

Si nos viene bien
hacemos un trato:
tú le pones alas
a mis torpes pasos
y yo te regalo
mis cofres sagrados.
Tú me amarras fuerte
con tus dulces lazos
y yo siembro ardiente
tu vientre dorado.

Si a ti te parece
firmamos un pacto:
yo pongo los besos,
tú pones los labios,
todo lo demás
llegará a su paso.

Tú saludas a la gente por la calle

Tú saludas a la gente por la calle
vuelves pronto a tu casa,
eres un padre responsable
y un esposo solícito y dispuesto.
Nunca faltas al trabajo
ni tienes malos gestos con la gente,
te comes lo que ganas;
vives como te lo permite
tu modesto sueldo.

Estás alegre, aunque te sientas triste,
intentas animar al que padece
y pones buenas caras
a todo el que se cruza en tu camino
Das lo que puedes,
no piensas más en ti que en los demás
y tienes una mano generosa
para quien la necesite.

No hablas jamás de nadie por la espalda,
te dan fatigas los programas rosa

y padeces los nervios de tus jefes
y el rencor de la envidia que no cesa.
Te inventan intenciones y romances
que jamás has soñado,
pero por ellos te juzgan y te tratan,
sin ninguna clemencia,
sin ninguna verdad.

Eres un ciudadano responsable,
que paga sus impuestos
y vota cuando toca.

Funcionas con unos principios inviolables
de esos de antes,
que mamabas de tus padres
y de la gente honrada que veías a tu alrededor.
Pues bien, no te sientas orgulloso:
no eres absolutamente nada,
ha pasado tu tiempo.

Ninguna televisión se va a interesar por ti,
nadie va a ir a entrevistarte,

ni vas a ser modelo de conducta
porque para nadie vas a ser una referencia.
Nadie te va a admirar tu honestidad,
ni tu competencia ni tu profesionalidad.

Hoy ya no eres nada,
sencillamente la nada;
la ausencia,
no existes.
Reconoce que te han faltado cojones
para ser alguien.
Con lo fácil que era.

...Y mirad estos versos

Mirad el fondo azul
del vuelo de los pardos gorriones
nunca podrá ser cielo
si no lo sueña el sueño de los hombres(1).

Mirad esas montañas,
poderosos y eternos estandartes;
no son tales si sólo
cabalgaran sus cimas los gigantes.

Mirad aquel camino
de flores y de sombras escoltado;
nunca será vereda
si el hombre(2) no lo pisa con sus pasos.

Mirad aquella sima:
flecha que apunta al centro de la Tierra;
nunca será refugio
si un hombre (2) no traspasa sus fronteras.

Y mirad esas casas

que alumbran con su cal el horizonte;
nunca serán ciudad
si no las puebla el beso de los hombres(1).

Mirad bien esas aguas
que forman una esquina con el cielo;
no serán nunca mar
si no las surcan plácidos veleros.

Mirad bien esa luz
que inunda la verdad con su presencia;
nunca podrá ser sol
si una mente no admira su grandeza

Y mirad estos versos,
manojos de poéticos vocablos;
nunca serán poema
si no los canta un pecho enamorado.

(1) Y de las mujeres, claro.

(2) O/y una mujer, claro.

La esperanza

En el centro de mi centro
he plantado una esperanza;
la alimento con mis sueños
y la riego con mis lágrimas.
Espero que apunte al cielo,
aunque sé que es fruta vana,
que nunca echará raíces,
que no parirá un mañana.
Pero yo voy cultivando
con esmero, con constancia,
su frágil arquitectura,
su pobre verdad amarga.
Arranco las malas hierbas
que la oprimen con sus garras.
Le doy calor en invierno
y la cobijo en mi casa,
pero sé que no es posible
que su sombra sea grata.
Que ni se abrirán sus hojas
ni se extenderán sus ramas.

Que no cantarán los pájaros
en sus precarias entrañas.
Que no besaré la luna
sus lívidas flores blancas.
Que se perderá en la noche
como se pierde la nada,
pero yo sigo aquí dentro
cultivando una esperanza.

Como el tronco de la encina

Como el tronco de la encina
tengo yo la piel del alma,
dura y seca de esperar,
de esperar sin esperanza.

Leñoso tronco que hunde
sus raíces destempladas
en la polvorienta sangre,
vieja sangre atormentada.

Cada paso en cada calle
encierra una nueva trampa,
nuevas arrugas del tronco,
rugoso tronco del alma.

Yo quiero pasar mi mano
sobre las ásperas ramas,
llevar algo de calor
donde huelgan las palabras,

dejar mi aliento caliente
sobre la gélida escarcha,
que cubre las duras grietas
hechas de mieles frustradas.
Y en las hojas verdecidas
a fuerza de secas lágrimas
tengo una costra de sueños,
fósiles de negra savia.

Como el rostro de la tierra,
del labrador que la labra,
como el tronco de la encina
tengo yo la piel del alma.

Dentro

Yo quiero ser vereda que recorre
las curvas peligrosas de tu cuerpo,
sentir el fresco aliento de tus valles,
subir por las montañas de tus huesos;
bajar a tus abismos más profundos,
deslizarme sinuoso hasta tu centro.

Quiero quedarme dentro, allí prendido,
a salvo de enemigos y de miedos:
humilde como un paje ante su reina,
altivo como un príncipe en su reino.

Yo quiero sumergirme en tu mirada,
oscura claridad de ojos eternos,
resplandor invisible que ilumina
los pasajes de tu alma más secretos;
perderme en los infiernos de tus sombras,
salvarme condenándome en tu cielo.

¡Ay, si para ti yo, tan solo fuera
una fugaz imagen de tus sueños!

El otro

El otro acecha oculto en la ensenada,
vive de soledades compungidas,
destruye las verdades, siempre atento,
no deja de otear el infinito.

Obsequia con su bilis repugnante,
néctar podrido,
negra concupiscencia,
almacén de fracasos, frustraciones,
terrores y miedos destructivos.

Detrás de los espejos se acomoda,
saca la lengua cuando tú te miras,
no perdona los eternos desencuentros,
vencido siempre,
su fuerte es la derrota.

Lastre que carga
y deforma el esqueleto,
que añora soledad en su viaje,
viejo de alma carcomida y triste,
funesto viajero despiadado.

Pedazo de víscera caliente,
oquedad del espíritu castrado,
surtidor de deberes desatentos,
atardecer funesto en la mirada.
Dentro vive pegado a la conciencia,
nunca camina solo,
siempre es actor antagonista,
verdugo de su ser complementario.

Estoy en la frontera

Estoy en la frontera,
no sirvo para huir;
si me quedo me mata
un cielo bronco y gris.
Estoy en la frontera,
no quiero perseguir
las sombras fugitivas
que se escapan de mí.

Está muriendo un monstruo,
está naciendo un ángel
si vuelan los fantasmas
si plumas se hace el lastre.
Si todo se hace verde
como en abril el valle,
el monstruo que agoniza
habrá parido un ángel.

Un aliento distinto
exhalarán las cosas
y los ojos gastados
perderán la memoria.
Y cuando una chistera
vomite una paloma
yo soplaré las manos
del mago que la nombra.

Atardecer

Atardecer, El Campillo:
se estremecen dos miradas,
suenan lejos campanadas,
las beatas van a misa;
se ve el Tajo; en la cornisa
revolotean los grajos.
Hace frío y allí abajo
los campos están desiertos;
vuelve a sonar la campana:
ahora está tocando a muerto.

En el fondo se ve el río
con sus aguas estancadas
y su caudal que son lágrimas
por las lluvias olvidadas;
y el sol que desaparece
y la tarde se oscurece;
quedan flotando arboles,
preludios de nuevos soles
que volverán a salir.

Suenan de nuevo campanas,
seguramente mañana
volveremos a vivir.

Cae la lluvia

Cae la lluvia...
En los cristales,
las gotas que se estremecen
y el alma que se adormece
al olvidar sus pesares.

Cae la lluvia...
Ruge el viento;
se está a gusto aquí en el nido:
de ella se escucha el latido;
de aquél, tan sólo el lamento.

Aroma

¡Cómo te invade,
cómo te llena,
cómo te embriaga,
cómo te eleva!

¡Cómo va renovando
la sangre vieja
y nos va contagiando
las ansias nuevas!

Te da la vida,
te la envenena.

¡Cómo te engancha,
cómo te altera
el aroma que va dejando
la primavera!

Desolación

Esperaban a los pájaros
y encontraron motosierras:
ya no soñarán más frutos,
ya sólo pueden ser leña.
Ya no guardarán más nidos,
entre sus ramas de piedra,
tan sólo un negro recuerdo
de cenizas polvorientas.

Donde cantaban los grillos
hay una orquesta de claxon:
debajo de las aceras
suena un silencioso llanto.
Espesos bloques condenan
los mutilados espacios:
arriba, luces y antenas,
derrota y muerte debajo.

Hoy las únicas raíces
son los acerados cables,

ya no corren por sus venas,
dulce savia, verde sangre.
En cada palmo de tierra
hay un suspiro sin aire,
amarga desolación,
pertinaz, inevitable.

Hay, bordeando las calles
un ejército de casas,
rayas blancas de cemento
uniformes, soleadas,
donde crecen hombres nuevos,
renovadas esperanzas,
que segará en su momento
la inevitable guadaña.

Donde campaba el olivo
ahora reinará el asfalto:
hay un inmenso dolor
en las entrañas del campo.

¡Hasta siempre, Carretero!

Desde tu luz jerezana
a tu tajo bandolero,
bordaste luz de mañanas
con tu verbo compañero.

Donde el polo y la serrana
cantan a dioses toreros,
de par en par tu ventana
iba aventando luceros.

Como un trueno de armonía
tu voz entraba en la estancia
e inundaba de alegría
los pasillos de mi infancia.

Del jugo de dulces parras,
de encinas recias, bravías,
del temblor de las guitarras,
del sol de la serranía,
fuiste llenando tu armario
a lo largo de tu vida,

que hoy notamos, solitarios,
que no fue causa perdida.

Hiciste tuya a esta tierra
y este pueblo te hizo suyo
y todo lo que él encierra
lo luciste con orgullo.
Y tendiste en sus aceras
tu corazón grande y fiel
para que todos cogieran
lo que quisieran de él.

Hoy inclino mi cabeza
a un Quijote caballero.
¡Hasta nunca, vil tristeza!
¡Hasta siempre, Carretero!

Pasión carnavalesca

(para mi amigo Pepe -El Largo-)

Desde que el año que llega
dice adiós al que se va,
mi amigo Pepe se cuelga
su alma de carnaval
y hasta que aquél se despide
no se la vuelve a quitar.
Su corazón de gigante
Deviene en grandioso hogar
donde arden las esencias
de esta fiesta popular.

Y sueña con chirigotas,
con coros y con comparsas,
con cuartetos, dioses momos,
con la gente disfrazada,
con el teatro Espinel
y con el templo del Falla.

Mi amigo Pepe decora
de papelillos su alma
desde que el año que llega
dice adiós al que se acaba.

III

Házme un sitio en tu montura

I

A lomos de Rocinante
atravesando La Mancha,
prefiere la libertad
al abrigo de su estancia.
Elige limpiar la tierra
de villanos con su lanza,
pertrechado de un ensueño
que cubre más que su adarga.
Va dentro de su armadura,
de su yelmo y su celada
como un extraño inquilino
de su propia destemplanza;
como un ardiente adalid
de su ideal y su amada,
de su dulce Dulcinea,
Aldonza transfigurada.
Su caballo y su escudero
son su mejor alianza;
su arrojo y su bonhomía
forjan sus mejores armas.
Lleva en el pecho una estrella

una febril llamarada,
un destino inexorable
que lo empuja y que lo llama.
Delante va su quimera,
detrás lleva a Sancho Panza
y en el mundo que abandona
deja su hacienda y su casa,
el calor de sus amigos,
a su sobrina y su ama,
a su galgo corredor,
sus libros, su cama blanda.
Su horizonte no es la línea
que dibujan las montañas
ni esas siluetas arbóreas
que vislumbra en lontananza,
sino dar fuerza a los débiles
dar su sangre a los que sangran,
comprensión a los que sufren
y rigor a los canallas.
Va cubriendo los caminos
con su gloria y con su fama,
a los charranes vencida
y a los gigantes ganada.
No te pares caballero,
no abandones tu campaña,

procura que los tunantes
se conformen con las ganas,
que hace falta tu presencia,
precisamos tus hazañas.

II

Porque este páramo absurdo,
esta historia chabacana
necesita de tus sueños,
de tu utópica mirada,
de tu genial chifladura,
de tu valor y tu lanza.
Ayer no es posible y hoy
es una sustancia vana,
una entelequia, una duda,
una imposible maraña,
una monstruosa cordura,
una atroz y brutal farsa.
Mañana es igual que ayer;
ayer es hoy sin mañana.
Cada apuesta por la vida
es una nueva campaña,
un pasaje sin regreso,
una aventura frustrada.
La soledad nos acecha,

el desamparo amenaza
y la congoja se adueña
de nuestra pobres sustancias.
¿Cómo no esperar tu invite
a tanta desesperanza?
Se han perdido los papeles,
han ganado la batalla
los buscadores de votos,
los cazadores de almas
que ignoran que la verdad
es una cosa sagrada
que no pertenece a nadie
y que a todos nos alcanza.
¿Cómo no querer, señor,
acabar con tanta trampa?
¿Cómo no querer cambiar
lo que tanto nos espanta?
Donde los niños estorban,
donde los viejos se aparcan
hace falta que tu furia
ponga en orden tanto drama.
En un orbe que prefiere
la tosquedad a la gracia,
las tarjetas a los besos,
el plástico a las manzanas,

los cheque a las caricias,
los gritos a las palabras,
hace falta un Don Quijote
dispuesto a dar la batalla,
que entierre en la pobre tierra
tan sórdidas acechanzas.

III

Llévame, hidalgo, contigo,
ayúdame en la mudanza
que mis huesos necesitan
y que este mundo reclama.
Hazme un sitio en tu montura,
dame tu brazo y tu espada
y préstame tu locura,
bendita locura humana.
Si tú me dejas tu puño
y yo te presto mis ganas,
no crecerá en el planeta
ni un mal gramo de cizaña.
Y si me prestas tu amor
y yo te dejo mi rabia,
ni un espíritu andará
sin una aventura mágica.
No me dejes tu amargura

ni tu daño ni tu drama,
tus lacerantes heridas
tus ilusiones ajadas,
que yo ya tengo de esas
una nómina bien larga.
Pásame tu sed de lucha,
tu hambre de bien y tu garra,
tus deslumbrantes razones
y tu bizarría brava.
Que este enfermo necesita
que tú le laves la cara,
que le alientes en la lid
y que le cures las llagas.
Que le protejas el pecho,
que le guardes las espaldas,
que lo alivies del marasmo
que por doquier lo quebranta.
Pondremos a los valientes
por encima de las lágrimas;
daremos a los cobardes
un corazón y una causa.
Enterraremos en risas
a la tristeza prosaica.
Para los sabios, discípulos,
para los buenos, constancia,

para los malos, desprecio
por donde quiera que vayan.
A los ídolos, silencio,
a los aburridos, marcha.
Para los crueles, justicia,
a las víctimas, venganza;
para los pobres, fortuna
y ocasión para gastarla.

IV

Que se preparen los necios,
que se acicalen las damas,
que tiemblen los despreciables
partidarios de la nada,
los que escupen su miseria
por el vientre de sus balas,
los que preñan los cañones
con su mierda y con sus babas;
los que corrompen el sueño
de las inocentes almas,
los que ensucian con su bilis
las veredas más holladas.
Que tiriten los mediocres,
las censuras, las mordazas,
el atropello, el abuso

la injusticia y las sotanas.
los que duermen a la gente
con dulces cuentos de hadas.
Los que despiertan la noche
y matan la luz del alba.
Que escapen los miserables,
los mezquinos, hierbas malas
que llenan la pobre tierra
con sus pestosas entrañas.
Que corran los poderosos
y sus podridas comparsas,
porque no habrá compasión
ante sus perfidias bárbaras.
Los tibios y los ingratos,
los vacuos y las morrallas,
que se pierdan como el viento,
que escapen con luna clara
pues va a caerles la noche
con su negrura macabra.
Que se apresten a volar
los verdugos y sus hachas,
que busquen un agujero
las carroñas despiadadas,
que se metan bajo tierra
las terribles alimañas,

porque vamos sin piedad
con nuestras justas guadañas.
Que se esfumen las fronteras,
los muros, las alambradas,
que vamos a abrir senderos
pintados con luna blanca.
Que se prepare la muerte,
que afile sus negras garras
que vamos a entrar en fiera,
cruel y desigual batalla.

V

Mas calle, señor, no grite,
que no nos deslumbre el alba,
soñemos siempre, soñemos
como nuestra esencia manda.
Que no nos despierte Sancho,
quede su boca callada:
su verdad es la verdad,
mas no conviene mirarla;
démolos mentiras dulces
a las verdades amargas,
que hay mucho entuerto pendiente
que desfacer nos reclaman;
que hay que mirar adelante

aunque nos cubran la cara,
que hay que volar muy arriba
aunque no tengamos alas.
Sembrar nuestro pobre huerto,
aunque la tierra sea mala
y recoger la cosecha
aunque la fruta sea vana.
Regar los áridos surcos,
aunque nos roben el agua.
Golpe a golpe, verso a verso
como Machado mandaba.
Sancho sabe bien que el hombre
tiene costumbres muy raras,
ilusiones desmedidas,
pretensiones muy extrañas:
llegar a ninguna parte,
querer asir lo que pasa,
gemir delante de dioses
que no entienden sus plegarias;
morir por causas inútiles,
correr detrás de fantasmas;
pretender que gana siempre
sabiendo que nunca gana;
luchar contra la razón
que invita a guardar la calma,

estropear los caminos
antes de iniciar la marcha.
Caminar sin un destino,
retar a la madrugada,
alzarse para caer
de nuevo en la misma trampa;
querer luchar contra el viento
invencible que lo arrastra.
Apuntar al infinito
mientras la tierra lo abraza,
trascender sin trascendencia,
esperar sin esperanza.

Prisionero

De bruces en la tierra,
prisionero del tedio y del olvido,
ajeno a los radiantes
días de la infancia caducada.
Sin norte en las tinieblas
de un camino de piedras y de rosas
marchitas y esparcidas
por los blandos espacios
de un tiempo despiadado
que se encierra en un bucle,
que no despierta el agua
ni la luz ni el paisaje.
De sordos latidos se alimenta
y pone a andar su máquina maltrecha,
carcomida y caduca;
vencida, castigada
por un fondo de piedras en el alma.
Así la savia fluye,
esparce su vital adolescencia,
se arrastra, se inoculara
por los poros más leves de las nubes

rosas de tantos y tan tiernos
primorosos y valientes
atardeceres malgastados.

Están de moda los ecos

Están de moda los ecos,
están de baja las voces,
andan los tenores huecos
disparándonos sus coces.
Penan sin color las flores
mustias por tanto ladrido,
anda sin pulso el latido
y sin besos los amores.
Vagan sin rumbo los hilos
misteriosos de la vida,
y en la penosa partida
se vuelven romos sus filos.
Se lanza al vuelo la oscura
sombra que duerme en la frente
y a nadar contra corriente
nos empuja su locura..
Y las alarmas que saltan
y un ejército de grillos
se lanza al monte y te canta
un monótono estribillo.
Bajan los arroyos secos,

reinan los vientos feroces,
están ganando los ecos
a las estériles voces*

** palabras. Así las llamaba Machado.*

Soledad

Bendita soledad

que te devuelve a ti mismo,
que te aparta de los otros
cuando te quitan el sitio.

Maldita soledad

que no consuela ni la compañía,
que se abraza febril a los recuerdos,
que no encuentra la puerta de salida.

Bendita soledad

que nos deja rumiando lo vivido,
que ordena nuestra historia,
que pone pausa y luz en el camino.

Maldita soledad

que nos esconde el futuro,
que levanta una frontera
entre nosotros y el mundo.

Bendita soledad

que te secuestra en tu casa

a salvo de ruidos y vulgares
debilidades humanas.
Maldita soledad
que no deja disfrutar
de la magia que emana de los otros,
del cálido calor de los demás.

Bendita soledad
que se instala a tus anchas,
que mira más allá,
más allá del placer y la esperanza.

Maldita soledad
que mira entre la niebla,
que busca ansiosamente claridad
y sólo niebla en el vacío encuentra.

Bendita soledad,
quédate, sigue mi ritmo,
que siempre te tenga a mano
cuando quiera estar conmigo.

Maldita soledad,
vete por esos caminos
que ya es buena compañía
la que me dan los amigos.

Paradójica luz

Los rayos iluminan la montaña
mientras el agua cae tras la ventana,
paradójicamente la mañana,
lejos pinta de azul y cerca empaña.

Esta dudosa luz de primavera,
que en lámpara convierte el horizonte,
decora un escenario allá en el monte
traspasando una inmensa regadera.

Igual el hombre, a veces se confunde
a lomos del fracaso y la esperanza
sin tener una certeza que lo inunde

y descalzo, corriendo por rastrojos,
aprecia lo que luce en lontananza
y no ve lo que tiene ante los ojos.

Un hombre nuevo

Que empiece cuanto antes la función,
vamos a abrir la caja de los truenos,
hay que brincar, romper la melodía
que hace que nuestros versos no sean nuestros.

Saltemos al vacío sin la red,
dejémonos de hadas y de cuentos,
de una vez aclaremos los asuntos,
hay que orear los pálidos cerebros.

Tenemos que inventar un nuevo oxígeno,
otras palabras, otros elementos,
una nueva sintaxis seductora
que ponga fin al reino de los muertos.

Hay que arrancar el plomo que nos lastra,
que nos tiene clavados en el suelo;
si queremos crear otro horizonte,
¿por qué ocultar que estamos muy enfermos?

Tan sólo con palabras renovadas
podemos elevar el pensamiento.
Hay que tirar la carga por la borda
para poder hacer un hombre nuevo.

Hay que llenar de versos su equipaje
y de arpegios la punta de sus dedos.
Si rompemos aprisa los relojes
probablemente aún nos quede tiempo;
hay que apagar la mecha con su sangre
antes que estalle todo sin remedio.

Utopía

Que lancen abrazos los cañones,
que las pistolas disparen besos,
que las marchas se vuelvan canciones,
que las ratas se queden sin queso.
Que los tristes se partan de risa,
que el esclavo deje su cadena,
que el rastrero mire donde pisa,
que los malos se mueran de pena.

Que a los fríos los hiele su hielo,
que los célibes hallen pareja,
que los falsos no vayan al cielo,
que la furia de Dios los proteja.
Que gane, por fin, la inteligencia
que el mundo se inunde de belleza
que los pedantes pierdan la audiencia,
que los castos pierdan la pureza.

Que los que gozan haciendo la guerra,
sean condenados a hacer el amor,

que los que están de prestado en la Tierra
pongan un punto de luz al dolor.
Que las fronteras se vuelvan caminos,
las aduanas, casetas de feria,
que llueva a gusto de los campesinos,
que conozca el avaro la miseria.
Que los tramposos caigan en sus trampas,
que los astutos muerdan el anzuelo,
que encontremos un bar mientras escampa,
que los que hieren no tengan consuelo.
Que los necios no tengan seguidores,
que Dios Padre prescinda de su clero,
que no dejen de andar los transistores,
que no falle ese gol mi delantero.

Que los famosos se queden sin foto,
que los políticos pierdan su empleo,
que los canallas no ganen ni un voto,
que en las películas triunfen los feos.
Que gane el Betis y que pierda Lopera,
que viva el Atleti, que pierdan los G.I.L.

que los asesinos de la carretera
se sientan pilotos dentro de un misil.

Yo me voy con viento fresco

Yo me voy con viento fresco,
con fulgor de madrugada
a buscar lo que no fui
a encontrar otro mañana.
Corro detrás de esos soles
que están más allá del alba
en busca de esa verdad
que al alcanzarla se escapa.

Yo me iré detrás del Sol
donde no alumbra su lámpara,
donde los vientos azules
te besan dulces la cara,
donde el tiempo se detiene
y sólo habitan palabras.

Palabras a todas horas,
voces habitando casas;
palabras junto a tu oído,
palabras en la distancia.
Palabras rompiendo el eco

de las múltiples palabras.
El reino de la razón,
el mundo de la esperanza.

Semana Santa

En fila los nazarenos,
redoblando los tambores,
en tensión los horquilleros,
los tronos llenos de flores.

Conviven en las aceras
el incienso y la arropía ,
las prisas y las esperas,
el dolor y la alegría.

El silencio y el bullicio,
los milagros, la razón,
las virtudes y los vicios,
la fe y la superstición.

La fe contraria a pensar
la del pueblo milenario,
la religión popular
de mantillas y rosario.

Está el pueblo convencido,
el que aplaude al dios clavado,
ese que nunca ha entendido
la saeta de Machado.

Está el pueblo indiferente
que guarda la tradición,
el que sigue la corriente
si lo manda la ocasión.

Y está el que busca la fiesta
y el placer de los sentidos,
el que rechaza la cuesta
si subir no es divertido.

También los inteligentes
que comparten devoción:
farolillos en la frente,
cirios en el corazón.

La piedad, la algarabía,
el fervor y el desenfreno,

el placer y la agonía,
el hombre malo y el bueno.

Tatuajes junto a estigmas,
estrellas, gente sin nombre,
claridades junto a enigmas,
vaga condición del hombre.

Son brochazos de impresión,
estampas de una semana,
tiempo de gozo y pasión:
Semana Santa y profana.

Es curioso, Señor

Es curioso, Señor, el desatino
que induce tu poder imponderable:
conviertes en piadoso al despreciable
y en un sabio al mostrenco más cretino.

En nombre del amor más generoso
blanden espadas Tus creyentes fieros,
transformando las flores del sendero
en pistolas del brazo poderoso.

Es muy duro que apruebes que en Tu nombre
anden a tortas los incautos hombres.
Y es terrible, Señor, el triste hecho,

inhumano y brutal como una roca,
que los que no te sienten en el pecho
son los que más te llevan en la boca.

Esa luz divina

Esa luz divina
que nos ciega la frente,
que brota de abismos y de cielos,
que está en cada rincón,
que inunda los espejos
de una fuente interior
deshabitada,
convierte en páramo el jardín
y riega los desiertos.

Esa mano de Dios
asiendo con sus dedos invisibles
la terrible verdad,
que esparce pertinaz sobre los hombres,
señala por siempre los senderos,
mide sin cesar oscuridades;
capaz de amor inmenso,
inmenso amor,
deja sus predios de la mano de Dios
y atiende lo imposible.

Ese ojo encerrado en un triángulo,
que presiente todas las presencias,
que no conoce límites
ni siquiera en su divino ser,
incansable, infinito,
que todo lo vislumbra,
que ve su propio ojo,
oscurece sus céfiros dominios
para alumbrar la nada.

Ese terrible círculo perfecto
que ocupa todo,
que todo lo sabe y lo imagina,
total totalidad,
suma perfecta
de imperfectos sumandos,
brutal capacidad,
suprema dimensión,
cobija vacuidades
y desaira recónditos temblores.

Ese oído de Dios
que escucha lo inaudible,
que interpreta sin luz los corazones,
que dispone sublimes pentagramas,

consonantes acordes,
que goza con grandiosas melodías,
que inventa ritmos puros
y mora en la armonía,
está abierto a truenos y explosiones
y no puede escuchar la voz del hombre.

Si venimos aquí...

Si venimos aquí porque nos traen,
si nos vamos de aquí porque nos llevan,
si estamos aquí porque nos dejan,
como nos dejan;
¿por qué nos piden tanto a cambio?
¿Por qué tanto dolor?
¿Por qué tanto dolor?

¿Y qué hacemos?

...Y aquí estamos
sin saber cómo vinimos,
sin saber adónde vamos;
con el alma en un suspiro,
con el vacío en las manos.
Con hambre y sed de infinito,
saciados de desamparo,
llenos de dudas feroces
que atenazan nuestros pasos.

¿Y qué hacemos?

¿Lo dejamos?

Un punto en el plano de la vida,
no más que un punto damos;
un punto, sin embargo, necesario
para que exista el plano.
Y ya que hemos de ser,
como quieran los otros no seamos;
puesto que ser tenemos y lo somos,
que sea como nosotros decidamos.

Yo te siento, Señor

Yo te siento, Señor, en la ternura
de una risa infantil, de una mirada
y te noto en la carne enamorada
de tus pobres y ardientes criaturas.

Te puedo ver gozando la locura
de los que dan su vida alucinada
por transportar en sí la llamarada
de Tu esencia preciosa, clara y pura.

Mas, ¿y el odio, el dolor y la pobreza,
la soledad, el miedo, la agonía
la angustia, el desamparo y la tristeza,

de sentirse transidos de impotencia,
no son faltas en tu caligrafía?
¿no son un claro ejemplo de tu ausencia?

Este libro se acabó de editar en diciembre de 2009.

